

REVISTA LA LENGUA



Nº2

EDITORIAL

HOLA, TERNURA

Mayo, el mes en que comenzó a gestarse esta edición, fue una temporada para mí inestable, quizás la más ruda en lo que va del año. Tuve que ir al funeral de una muy querida prima de Concepción. Durante el ritual, muchos niños, niñas (Paula era profesora), familiares, amigos y scouts, tiraron globos blancos hacia el cielo. Yo los seguí con los ojos e inconscientemente estiré el cuello dejando que la luz del sol me calentara la garganta.

Me despedí, me enternecí y también pensé en este número, que habla de eso, de los momentos en que a veces la vida parece querer quitarnos lo que amamos, o lanzarnos con fuerza al suelo para aprender lecciones. Y ahí, en ese instante, o en esos plásticos brillando entre las nubes, estuvo para mí la ternura.

Después empecé a buscarla, a racionalizarla, hasta querer contar el número de veces en el día en que podía percibir que ese afecto me alcanzaba, por ejemplo, cuando vi a Diego Céspedes hablando en inglés durante el Festival de Cannes, sentí algo colectivo. Fue decir “qué bacán y qué lindo habla ese idioma”, “qué orgullo” si nos queremos poner chilenos de corazón. O con mi papá, en Pumalal, caminando kilómetros cerro arriba con su perrita Kaita. También me pasó con Candelabro y su disco *Deseo, Carne y Voluntad*, que lleno de honestidad logra contener fracasos y tormentos en la imagen de un cordero con una corona de espinas. Eso me parece dulce, como lo que pasa en la película *Perfect Days*, donde un hombre a diario le toma fotos a las sombras que hacen las hojas de los árboles en contraste al sol, *Komorebi*, en japonés, la luminosidad del sol filtrándose, igual que ese día en Concepción. Yo me pregunto: ¿volverá ese rayo de luz a iluminar mi cara?, ¿no es eso la ternura?

La invitación para escritoras, escritores e ilustradoras de este número, fue esa, que hablaran de la ternura desde distintas veredas. Desde el romance, la política, los miedos, o desde lo terrible e inhóspito que a veces se pone el mundo. Que mencionaran la importancia que tiene leer sobre dulzura o ternura en estos momentos, o hilando más fino aún, que pensarán en lo relevante de la ternura en los textos de esta revista -que buscó ser lo más transversal posible-. Por eso también la invitación es para ustedes, que hoy pueden leer sus historias y ver sus ilustraciones. Porque quizás, al momento en que terminen cada relato, sus propias sensaciones sobre la ternura también salgan a flote.

Catalina Hernández Segura
Directora



UNA VIÑETA DE MARTÍN SEBRA



EQUIPO

Dirección:
Catalina Hernández Segura

Producción:
Gabriela Zúñiga Irigoin

Edición literaria:
Natalia Figueroa Sepúlveda

Dirección de arte:
Arlette Cifuentes Meneses

Colaboradores:

Sofía Esther Brito
Leyla Selman
Fanny Leona
Bruno Jara Ahumada
Danka Herrera
Club literario Tinta y Tiempo
Diosceline Camacaro-Martínez
Valentina Bresciani
Fa Casol

Logo creado por
Delfina Harms

Diseño de la portada
Valentina Bresciani

Segunda publicación en junio 2026
por Revista La Lengua

Conoce más
[instagram.com/revistalalengua](https://www.instagram.com/revistalalengua)

Cada texto e ilustración lleva su autoría, por favor
contáctanos en caso de cambios y/o correcciones.

Agradecimientos:

El Ciudadano
La Furia del Libro
Editorial Los Libros de la Mujer Rota
Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM)
Matucana 100
Teatro UC
Teatro Mori
Teatro Camilo Henríquez
A nuestros amigos, amigas, familiares, amores y
mascotas, sin su compañía, no sería posible.



ILUSTRACIÓN POR FA CASOL



FANFIC

POR FANNY LEONA



Yo quería una familia numerosa y estabilidad económica. Y tú, amiga, venías a preparar galletas con los niños y, aún estando en otro continente, eras dueña de mis días. Habíamos pasado tantas tardes juntas, tantos días de rodaje en esta serie con decoración retro, simulando mundos fantásticos, con pantalla azul, atardeceres de playa, sintiendo frío en las manos o sudando de tanta ropa puesta, para después compartir un café aguado. Primero me pareció natural estar contigo, inocente. Todo era ensayar y leer textos, memorizar, errar y jugar. Hasta que todos lo vieron antes que yo. No estaba enterada de las infinitas miradas que se nos escaparon, todo el tiempo, dentro y fuera del set, de costado, de medio lado, estábamos ahí, hundidas.

Hicieron un corto con los errores de la temporada, se trataba de una escena dramática del guión en que juntamos las manos; tu nariz se frunció cuando nuestros dedos se entrelazaron y soltamos risotadas. Algo cambió en mí. Quería que lo hicieras de nuevo y se me olvidaban las líneas. No te podía soltar la mano. Lo repetimos cinco veces hasta que salió.

Veo esas imágenes y me cuesta creer que no corrí con los lobos en otra dirección, con lo enloquecida que me tenía lo respingada que era tu nariz.

Si salía mal, era el mejor mal. Fuimos metamórficas, olvidamos a ratos nuestros nombres, sobre todo la primera vez, esa en que creamos juntas un mar de mentiras como dos diosas y nos fuimos un fin de semana. Tu pelo dorado se volvió una sortija en mi cuello y mi cuerpo se sintió demasiado propio. Recuerdo el cuarto azul y negro, las luces pálidas y caleidoscópicas sobre nosotras. Tus ojos eran tan profundos que el vértigo nunca se fue de mí. Esa madrugada desperté respirando otro elemento, distinto al aire, algo más ligero que me armaba y también me volvía adicta. Jamás volví a pensar en la dualidad.

Me hice fiel solo a esta parte de mi vida.

Guardo nuestros malditos clichés solo conmigo. Escribo obras con gatos gordos, sábanas azules. Trato de recordar todos los libros de cocina y discos viejos que te gustaban y los suelo por todas partes para que se me olvide que no vivo contigo. Resisto en cada pequeño detalle. Y nos quiero, ahí, atrapadas en ese loop televisivo, en algún lugar del universo siendo libres, repitiendo versos indestructibles.

Al principio esta serie me obsesionó, me parecía tan tierna. Me sentí terrible cuando me di cuenta de que en verdad había algo más, como si yo misma cayera sin aliento dentro de ese clóset, de este fanfic romántico, escrito por mí.

SOBRE EL DERECHO A LA TERNURA

POR SOFÍA ESTHER BRITO

No sé cómo partir este texto si no es volviendo a los poemas que Gabriela Mistral publica en Ternura, en 1924. Llegué a ellos buscando “La pajita”, que conocí como una canción en el coro de la escuela Jorge Peña Hen, en La Serena. Me gustaba porque sonaba como una adivinanza, hablaba del “este” y de la “esta” que era una niña de cera, un rayo de sol, la flor tiesa de la maravilla. El poema avanza por sustituciones, como si cada imagen rozara una verdad y enseguida tuviera que dejarla ir.

Esa voz convoca una comunidad de testigos para que se alleguen a mirar. La música amplifica ese movimiento mediante una apertura a un canto compartido. La poesía aparece, entonces, como permiso para reconocer que lo pequeño duele, que lo frágil importa, que la infancia necesita un mundo capaz de detenerse y asombrarse. Como ritmo, canto, permiso y derecho para aproximarse al mundo sensible. Fue una apuesta de pedagogía poética que Mistral nos regaló, porque la poesía escolar de su época no le parecía tanto.

Las imágenes sobre la maternidad se desbordan en una comunidad no biológica, que abre prácticas sociales, pedagógicas y poéticas de otros parentescos, otros modos de filiación. **La madre es la maestra, la cantora, la vecina, la escuela, la tierra. Es también la propia lengua.**

Quizás por eso vuelvo a la experiencia de los coros y orquestas infantiles. A esa posibilidad de entrar en la música antes que en el rendimiento. De aprender estas otras formas de atención antes que de competencia. **Descubrir que la escuela podía ser, aunque fuera por un momento, un espacio desde donde aproximarse a lo sensible.** Políticas públicas insuficientes, parceladas, discontinuas, como fue todo durante la transición: **cuando nos hicieron pensar que la ternura en la educación era una suerte y un privilegio.** Políticas públicas cuyos límites fueron enfrentados por la movilización pingüina de 2006, en que niñas, niños y jóvenes salimos a las calles a exigir una educación pública capaz de recibir a todas y todos como parte de un mismo país.

Para no reducir la ternura a una palabra hermosa e inasible, se necesitan instituciones, tiempo y presupuesto. La ternura puede pensarse, entonces, como un derecho no codificado. Un derecho anterior incluso al tecnicismo del lenguaje jurídico. El derecho de niñas y niños a ser recibidos por el mundo sin violencia.



ILUSTRACIÓN POR VALENTINA BRESCIANI

ENTREVISTA

PAZ LÓPEZ, ESCRITORA:

“La ternura puede ser un registro de las infinitas metamorfosis de la vida”

*La ensayista y académica reflexiona sobre su libro **Pánico y Ternura**, donde explora un afecto que escapa a toda definición precisa y que, lejos de ser resignación o docilidad, propone como una forma de resistencia simbólica ante la crueldad.*

Por Catalina Segura



ILUSTRACIÓN POR FA CASOL

Hay emociones que el cuerpo sabe expresar: el miedo dilata las pupilas, la ira tensa los músculos, la alegría levanta las comisuras de la boca y arruga la piel de los ojos. La ternura, en cambio, no tiene gesto. Ese espacio gris en que se ubica es el germen que Paz López persigue en su ensayo *Pánico y Ternura* (Lumen, 2025) sin pretender atraparlo ni definirlo, sino dejando que su presencia le entregue un tono a la escritura. O un rescate ante la condición humana.

La autora y su libro han causado sorpresa porque, si bien el libro tiene una estructura cercana a la investigación académica, se ha posicionado a punta de buenas críticas como un fenómeno en librerías y redes sociales. Es que lleva a entender este afecto como una ventolera de verano en un mundo que solo parece empujarnos hacia la desolación.

Si la ternura no tiene una expresión tan nítida en el cuerpo, ¿escribir sobre ella fue para ti una forma de encontrarle un contorno?

Efectivamente, la ternura no tiene una manifestación física fácilmente reconocible. Pero no sé si la palabra es contorno, porque aunque frágil, implica una delimitación y una definición. Y si es verdad que la escritura puede hacer eso, darle forma a lo informe, discernir, quizás comprender, **creo que escribí este libro porque había algo que quería pensar que no se podía resolver de otra manera más que escribiendo.** Y no lo resolví, por supuesto, todavía estoy llena de preguntas. Mientras escribía me fui encontrando con nombres hermosos: Nick Cave, Georges Perec, Pier Paolo Pasolini, Anne Dufourmantelle, Raymond Carver, Federico García Lorca y muchos otros escritores y escritoras que si bien había leído, no lo había hecho pensando en este animal esquivo que es la ternura. Me gusta pensar esas referencias no como citas de autoridad, sino como gratitudes hacia escrituras que me conmovieron, me pararon los pelos, me dejaron en un lugar distinto al que estaba antes de leerlas.

Pienso también en la figura del ensayo o el ensayismo, que me interesa mucho, sobre todo si lo pensamos como una escritura que avanza contra las arrogancias del conocimiento que se pretende totalizador, sistemático, objetivo. **Si la ternura aparece como un fantasma en todo el libro, no está allí para ser definida ni teorizada ni conceptualizada, sino para dejar que su presencia le imprima un tono al libro.** Un tono, quizás, que está hecho de cierto estremecimiento por la condición humana, sus heridas, pero también por todo lo que hacemos para quedar con un pie apoyado en la vida. Y bueno, hay que decirlo: cuando se escribe, uno hace lo que puede –y no necesariamente lo que quiere o lo que escoge– con las formas que nos atrapan, los ritmos que nos acechan, las imágenes que nos obsesionan.

¿En qué momento de la vida crees que la ternura se pone en relación con otros afectos, y dónde aparece la figura del pánico?

En el libro, el pánico está vinculado a esos momentos en que quedamos expuestos a la fragilidad, el desamparo, el desgarramiento, la angustia, cuando la vida pierde consistencia y quedamos, por un instante, más cerca de la muerte que de la vida.

La etimología de pánico viene de panikós, que significa “relativo a Pan”, el dios griego de los pastores, los bosques y los lugares salvajes.

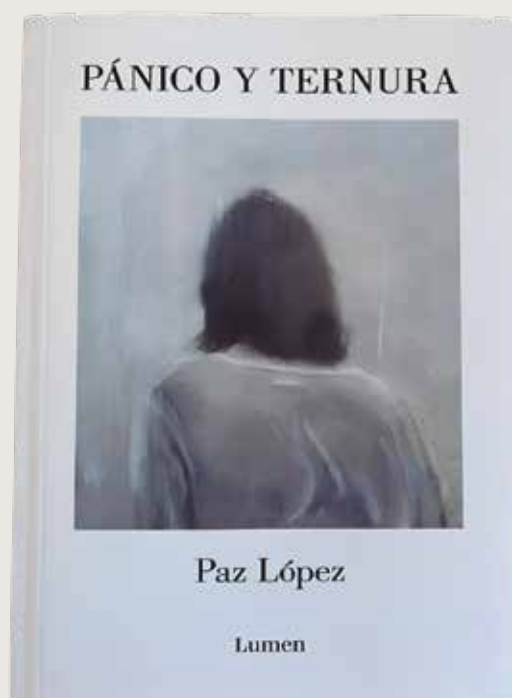
Pan provocaba un terror súbito, sin causa aparente, sin objeto preciso. Se decía que al mediodía, cuando todo parece en calma, irrumpía con un grito que desordenaba el mundo.

Pero también hay en él algo más inquietante, porque no se trata solo de un miedo frente a una amenaza exterior, sino del estremecimiento ante aquello oscuro, destructivo y amargo que habita en nosotros mismos. Pienso en esa frase de Freud sobre la tendencia congénita del hombre a la maldad, a la agresión, a la destrucción y, por lo tanto, a la crueldad, y que Massimo Recalcati ha trabajado en torno al mito de Caín y Abel, para decir que el hombre no vive para amar a su prójimo porque el mundo, el prójimo, la diferencia, se presentan, antes que nada, como una intrusión hostil. De allí que se vuelvan necesarias una serie de mediaciones, de trabajos simbólicos que permitan ponerle límites a esa seducción mortífera. **Quizás la ternura, así como la piedad, la alegría, la dulzura, la atención, sean eso, no tanto afectos sino un trabajo simbólico, una interrupción que nos permite una relación con los otros, con lo desconocido, que potencie la pluralización de la vida, que la expanda en vez de contraerla, que la aumente en vez de disminuirla, que la abra en vez de cerrarla.** Una forma de vínculo que no produce uniformidad ni destituye las diferencias, sino que inventa maneras de ir hacia las cosas del mundo con una mirada, un cuerpo, un tacto que no toque todo el tiempo la tecla del odio, la crueldad o la amargura.

La ternura pareciera ser lo más privado que tenemos y, sin embargo, esta voz narrativa no suena a una sola persona. ¿Cómo lograste que algo tan íntimo se volviera colectivo?

Didi-Huberman escribió un libro que se llama *La emoción* no dice yo, retomando a su vez una frase de Deleuze. Diría que la ternura tampoco dice yo, en el sentido de que no solo nos saca de nosotros mismos, sino que surge siempre en relación a otra cosa. Vivimos en un mundo que invita todo el tiempo a centrarse en uno mismo, que prefiere las biografías a las genealogías, y en ese sentido **creo que la ternura está más próxima a la relación con otros que a la conservación de sí mismo.** Anne Dufourmantelle piensa la dulzura como un afecto de eficacia política, que no desconoce la crueldad, la injusticia del mundo, el desierto espiritual, la sobriedad material y, por eso mismo, señala nuestra responsabilidad para con el mundo que nos rodea, los seres que lo componen y los pensamiento que en ellos ponemos. En fin, creo que la ternura nos permite imaginar formas de vida que no se dobleguen a la fatalidad y a la imposibilidad de enlazarse con otros. “Devolverles a los vivos una época de vida”, dice Dufourmantelle.

Es cierto que en el libro aparecen ciertas referencias personales, sobre todo de la infancia, y quizás se deba a porque encontré allí una forma de evitar pensar a través de conceptos o categorías universales. Y, al mismo tiempo, me parece que las referencias a las experiencias singulares o personales solo adquieren sentido si se reconocen en un cuerpo común, si tienen resonancias en otros. Me interesa la escritura que busca, por decirlo de alguna manera, no tanto las ideas sino la recuperación de la fuerza de la experiencia, de todo lo que en ella hay de extrañeza, de alteración, de emoción.



¿Crees que la ternura también podría ser el nombre que le ponemos a la resignación?

Al contrario y por lo que venía diciendo, creo que la ternura es contraria a la resignación, porque a su manera, abre la pregunta por aquello que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro mundo, de manera que podamos vivir en él. Es verdad que a veces puede resultarnos más cómodo aceptar las cosas tal como están, pensar que el mundo es una evidencia, algo definido y decidido de

una vez y para siempre, pero me interesa más pensar que el mundo es algo opaco, indeterminado y que, por eso mismo, podemos cada vez crear, concebir, imaginar. Pensando en tu pregunta, imaginé que **la ternura podría ser también un registro de la infinita variedad y de las infinitas metamorfosis que componen la aventura, siempre inacabada e indeterminada, de estar vivos.**

Crear, concebir, imaginar, a diferencia de la resignación, requiere fuerzas inauditas. En ese sentido, la ternura no es, como muchas veces se piensa, un afecto dócil, sino una ampliación imaginaria del mundo que requiere de nosotros paciencia, cuidado, tacto, deseo.

Escribir *Pánico y Ternura* y detenerte en las grandes preguntas de la vida, ¿te hizo querer cambiar algo, restar o sumar algo en ti misma?

No lo quisiera pensar en términos terapéuticos ni personales, pero respondería que hay algo en la escritura que tiene fuerzas debilitantes. Escribir puede, por ejemplo, debilitar nuestras certezas, debilitar la angustia, el sinsentido, la gravedad. Más allá del tema

que se esté abordando, y pienso que es bueno no reducir todo al tema o al contenido, **escribir nos descentra, nos pone en contacto con otras formas de pensar y de sentir y quizás, en ese punto, tiene parentescos con la propia ternura que, como decía, alude a lo que aún no está terminado (como se dice de un fruto tierno), a lo que está en curso de metamorfosis.** Ojalá podamos estar más apegados a esas fuerzas de metamorfosis que a las clausuras y las pasiones mortíferas. No me gustan demasiado las imaginaciones apocalípticas, porque además de dejarnos más deprimidos de lo que estamos, inhiben los cuerpos e impiden ir hacia otro lugar. No hay un eros vital en ellas. Prefiero pensar en imaginaciones que se atrevan a barrer con las palabras cansadas, con los modos de vida enfermos, que se atreven a cambiar las formas de hablarse a sí mismos, de nombrar las cosas, de ligarse a los otros.

¿Hay algo de la ternura que te parece específicamente chileno o latinoamericano?

Me preguntaría más bien qué le hace el ensayo al trabajo con las emociones y los afectos. El ensayo, me parece, introduce distancia, digresión, rodeo, incluso demora y desorientación, impidiendo quizás que la emoción o el afecto aparezcan como pura inmediatez, transparencia, espontaneidad, como verdades interiores listas para ser confesadas. **Al escribir el libro, me interesaba, además de la ternura, explorar mediante la escritura cómo el lenguaje y la propia forma se conmueven con el asunto que tiene entre manos.**



CLUB LITERARIO

Cada semana, en Cerro Navia, un grupo de personas mayores se reúne alrededor de las palabras. Guiados por la profesora y actriz Arantza Sánchez, han conformado un espacio de creatividad, historias y amor. Para esta edición, se adentraron en un territorio tan esquivo como transversal a sus experiencias de vida: la ternura.

Pienso en el día en que me convertí en mamá. Mi primera hija. Esa fue la ternura más grande y el comienzo de las alegrías más hermosas de mi vida. La segunda ternura han sido mis nietos, tres regalos que llenaron mi corazón de amor. La tercera ternura llegó con mi nieta, que me dio una bisnieta hermosa. Y para qué hablar de mis flores y mi hogar. Todas esas son las ternuras de mi vida.

Sonia Quijada Reyes, 81 años.



Tuve un nuevo nieto y su llegada fue una bendición que inundó mi casa. Llenó mi vida de una alegría inmensa. Su presencia trajo esperanza y una nueva manera de amar, más tranquila, más tierna y llena de paciencia. Imaginate, a mis años. Ser abuelo otra vez me regala una nueva oportunidad para entregar cariño, pero esta vez sin las prisas de la crianza propia, disfrutando cada instante que la vida me permite vivir junto a él.

Luis Abarca, 81 años.



Espero con ansias a que llegue el día del encuentro con mis amigas y amigos del Club Literario porque para mí también es ternura cocinar para las personas que uno quiere. Desde temprano preparo con cariño mis deliciosas sopaipillas y calzones rotos, pensando en la alegría de compartirlos junto a un rico té y unas sabrosas empanadas de queso.

Hay una ternura muy especial en ver el rostro de alguien cuando prueba tu comida, llena mi corazón y hace que todo valga la pena.

Qué bella es la amistad cuando se comparte con comida, conversaciones y el calor de una mesa preparada con amor.

Fidelina Brunel, 86 años.



Rusia, tu mirada llena de ternura me transmitió por años incondicional amor. Ambas intercambiamos nuestra lealtad. Tú siempre estuviste a mi lado. Yo te brindaba los cuidados básicos: hidratación, alimentación, higiene y un lugar cómodo para dormir cerca de mi cama.

Hace muy poquito llegó el día de tu partida. Tomar la decisión de la eutanasia ha sido muy doloroso. Ver que, por permanecer cerca de mí, tus extremidades se habían herido a causa de la inmovilidad. Y, aun así, tu mirada me hacía sentir que soportabas el dolor y el sufrimiento solo por no abandonarme. Fue como si tu amor fuera más fuerte que tu propio cansancio.

Virginia Elgeta, 82 años.

Para comprender lo que voy a relatar, tengo que decir que participo en un taller literario llamado Tinta y Tiempo. Somos nueve personas en este grupo y tenemos una profesora muy joven, Arantza. Cuando alguien falta, todos nos preocupamos y nos comunicamos por teléfono para saber como se encuentran.

En el grupo hay dos hermanas de avanzada edad que llaman profundamente la atención por su ternura. La mayor, Fidelina, cuida con especial dedicación a su hermana menor, Raquel, llenándola de cariño y atenciones. Se preocupa de que quede bien sentada, de que tome su tecito, de que no se vaya a caer, y la orienta siempre con palabras suaves, pacientes y muy didácticas.

Las encuentro realmente tiernas.

Emilio Sutherland Tobar, 91 años.



TINTA Y TIEMPO

Aurora:

Un día 30 de noviembre del 2010 llegaste a la puerta de mi casa. Pensé que estabas perdida. Abrí y entraste como si siempre hubiese sido tu hogar. Pasaron dos semanas y nadie preguntó por ti, así que te adopté y desde ese día, comenzaste a ser mi compañera de vida. Te di todo lo que tu cuerpo requería. Según yo, te hablaba y tú respondías. Partiste y no sabes cuánto me haces falta. Han pasado los meses y aún vives en mí. No te tengo de manera presencial, pero sigo viendo y sintiendo tu ternura.

Ana Daza, 89 años.



Yo por Mary siento mucho amor. Es muy cariñosa y preocupada de mí. Salimos mucho, siempre me está invitando a pasear. Con Eduardo, su esposo, también somos cómplices; siempre lo pasamos muy bien y compartimos momentos hermosos. Ternura es mi familia: mi hija, mi esposo, mi hermana Nelly y mi cuñado Ismael. Con ellos comparto un amor profundo, fuerte, intenso, de esos que sostienen la vida y llenan el corazón de cariño.

Marta Lopez, 79 años.

Tenía 18 años cuando conocí la ternura. Llegué a trabajar a una fábrica donde confeccionaban ropa de hombre, se llamaba Cirsá. Ahí conocí a Manuel, sin saber que estaba conociendo al amor de mi vida.

Para él, yo fui amor a primera vista. Me lo dijo cuando me pidió pololeo. Para mí no. Él solo era un amigo que nunca había tenido en mi vida, pero era tan tierno, amable, respetuoso y gentil, que poco a poco me fui enamorando de él. Pololeamos dos años y nos casamos. Así no más. Formamos nuestra familia con nuestras hijas. Él, siempre fue muy tierno, amoroso y responsable en nuestro hogar, a pesar de nuestras limitaciones económicas.

Hoy su edad ha ido cambiando, pero yo lo seguiré amando hasta el último de mis días.

Luz Sanchez Mora, 79 años.



Yo fui nacida y criada en el campo. Allí conocí sus seres vivos, el sonido del agua de los ríos y el canto de las aves muy temprano por la mañana. Los animales brincaban en los cerros con alegría, y cuando cambiaban las estaciones, cambiaba la vida entera. En otoño, las hojas caían de los árboles como si buscaran en la tierra el último suspiro de su existencia. En primavera, todo volvía a florecer: los árboles se vestían de nuevo, nacían frutos y la vida renacía con fuerza. En invierno, las lluvias hacían germinar las semillas, dando nueva vida al campo. Y en verano, disfrutábamos de los frutos maduros, dulces y sabrosos, regalo de la tierra.

Qué ternura recordar, qué ternura.

Cruz Elvira Delgado, 91 años.

Cuando era chica, en la casa de mis papás teníamos un perro llamado Recuerdo. Era grande, cariñoso y el guardián de la casa. Mi mamá tocaba la guitarra y le hacía canciones a Recuerdo. A veces, no sé si las inventaba ella o si nacían de su corazón, pero una decía:

“Recuerdo de aquella tarde que en tus brazos yo dormía, bajo el cielo de aquel rancho donde el alma se sentía.”

A mí me encantaba verla así, me sentaba al ladito de ella cuando se ponía a guitarrear después de comer. Su guitarra era de madera roja, no me olvido.

Mi mamá era morenita, de pelo negro y largo que se recogía en un moño. Se arreglaba con elegancia cuando salía y tenía vestidos muy lindos. Y Recuerdo, como si entendiera todo, llegaba corriendo cada vez que ella cantaba. Sabía que esa música también era para él.

A mis años, muchas cosas se me han olvidado, pero la ternura de los cantos de mi madre, nunca.

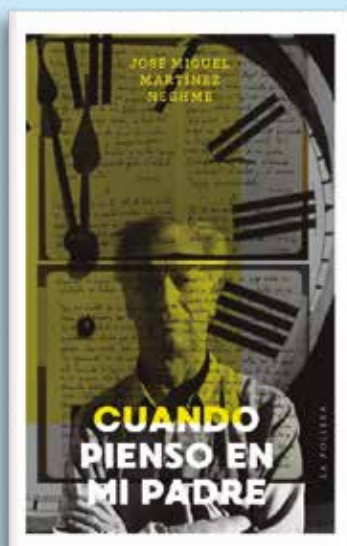
Raquel Brunel Gutierrez, 80 años.

En el mes de abril cumplí 79 años, y lo recuerdo como un viaje en el tiempo hasta cuando tenía 19. Fue en esa etapa de mi vida cuando conocí al amor de mi vida; amé y fui amada intensamente. Terminé de estudiar, recibí mi título y comencé a trabajar de inmediato, iniciando así una vida vivida con intensidad y plenitud. Fueron años hermosos: bailes, viajes, museos, casinos... experiencias que quedaron grabadas en el alma. Fueron nueve años de convivencia y de profunda felicidad. Pero, como todo en la vida, tuvo su principio y su fin. Alfa y Omega. De igual forma, ningún amor muere, solo cambia de lugar en la memoria.

Inés Arce Fernandez, 79 años.

RESEÑAS LITERARIAS

LA MEMORIA FRENTE AL ESPEJO



Por Martín Sepúlveda

Hay historias que nos habitan y que se van formulando debajo de la piel de forma natural, esperando el momento exacto para ser narradas. Cuando pienso en mi padre (La Pollera, 2026) es una de esas historias. Su autor, José Miguel Martínez, se aleja de la ficción para adentrarse en el territorio más complejo de todos: la memoria familiar. El libro nace de una coincidencia casi mística: la muerte de su padre en 2015 y el nacimiento de su hijo, Santos, apenas seis meses después.

A través de una estructura híbrida que navega entre el ensayo, el diario personal y la crónica, Martínez compone un mosaico que busca dar respuesta a una pregunta esencial: ¿quién es el hombre antes de ser padre? La obra se organiza en tres partes: Diario de muerte, Diario de vida y Diez años después y configura una carta que es, al mismo tiempo, una conversación con el progenitor ausente y un legado para el hijo que crece.

Lo que vuelve al libro una pieza entrañable es cómo la cultura pop actúa como el hilo conductor entre tres generaciones. El autor reconstruye este mapa afectivo mediante referencias que van desde el estoicismo de los westerns y la música de Johnny Cash, pasan

por la épica de Dragon Ball, hasta llegar a la cotidianidad compartida de Paw Patrol. Cada anécdota, cada canción y cada película compartida funcionan como piezas de un rompecabezas que intenta descifrar ese misterio envuelto en familiaridad que habita en la figura paterna.

Si bien Martínez se distancia de la narrativa de violencia que ha marcado su obra previa, este libro entrega todas las pistas de su camino literario. Al explorar la biblioteca de su padre o los rincones de Chillán, Martínez revela las raíces de su imaginario, convirtiendo esta obra en una pieza clave para comprender su universo creativo.

Más que un testimonio sobre la pérdida, este libro se consolida como la hoja de ruta de un autor que utiliza el lenguaje como su principal herramienta de reconstrucción. Un libro que no pretende darnos lecciones morales ni cerrar el duelo con respuestas definitivas, pero que consigue algo mucho más valioso en el terreno literario y emocional: **transformar, a través de un complejo acto de escritura, el vacío dejado por su padre en un lenguaje compartido para conectar con su hijo.**

UNA ROSA ENCENDIDA PARA MI PADRE



Por Diosceline Camacaro-Martínez

Dijo Miyó Vestrini que la ternura era “camino de algas y mariposas”; en cambio, para Gabriela Mistral parecía un “corderito”. Creo entonces, que **si la ternura fuese un objeto sería una pequeña vasija que engaña por su aparente fragilidad y, sin embargo, es capaz de contenerlo todo:** desde el abrazo de la hija al volver del primer día de escuela hasta el aleteo de un pichón de canario que consigue remontar la brisa y alcanzar la copa de un árbol. Comienzo con versos porque cuando esa palabra llega, inevitablemente atajo versos en la cabeza y con ello aparece la obra de Yolanda Pantin (Caracas, 1954), quien ha fundado un país íntimo de su infancia en la desaparecida hacienda Paya, donde sus abuelos criaban caballos de carrera. Además, destaca la presencia de su nieta en sus libros más recientes. Esta aparece en Lo que hace el tiempo, obra ganadora del XVII Premio Casa de América de Poesía Americana (Visor, 2017). En el segundo capítulo del libro emerge “Brutal” y, aunque simule violencia de entrada, pronto se desplaza hacia otra dimensión. La madre que sujeta el

machete y surca el terreno para que brote la vida: “La que descubre // por el ruido / que hace de ratón // al perico entre las ramas (...) La que se sienta // en el murito // a desentrañar el estado del tiempo / de acuerdo // a como se mueven / las hojas // (o si hay nubes)”.

La ternura también se asoma en el tercer capítulo en “Paisajes”: “Con un saquito / de tierra abonada / y una rosa // encendida para mi padre” y toma otra forma en “Dibujo”, pero con la misma presencia paterna: “Todos esos / punticos / dibujan / a la familia. // Papá / es el niño / con flequillo // que al verse / tan pequeño / en el retrato // se mira”.

Allí, la memoria familiar y los gestos cotidianos son cuidados. Tal vez por eso el psicoanalista Fernando Ulloa afirmaba que la ternura rescata del desamparo. Eso hace Yolanda Pantin: escarba en la tierra en busca de palabras para no dejar a sus amores junto a quienes secan a Caracas.

BORRADOR, ÉL

POR DANKA HERRERA

Ven de noche, ven al oscurecer...

Reinaldo Arenas

El frío me hace pensar que bajo ninguna circunstancia deberíamos seguir aquí. Él—en la noche—, que es todo lo que no es frío, busca que no nos separemos. Según el silencio con el que me mira, creo entender la necesidad de mantenerse cuerpo a cuerpo. Caminamos hacia cualquier sitio.

No somos más que una sombra, una ausencia de carne junto a otra tomada del brazo.

A decir verdad, soy yo la que se sostiene. No sé qué es lo que veo cuando lo veo. Sólo sé de sus ojos negros, del brillo de sus labios porque titilan gracias a los postes que, con una luz mínima, alcanzan su boca. Viste normal, como todos. Cree ser parte de un mimetismo al cual no pertenece. Me dice que trata de simularse en la oscuridad de los pasajes, pero miente, por primera vez, sin saberlo. Él abre sus ojos redondos y dos mundos ciegos espejean todo lo que se mira. Nada entra. Él desconoce las formas que se escabullen en la noche. Miente, precisamente porque piensa que ingresar en ese estado de cosas requiere de un complejo escondite. Me dice todo esto quizás por su interés en el tema. Pero sé que tiende a buscar lo cerrado. «...escondite», rumea. No miente porque observa lo que se esconde, sino porque no ve lo que desaparece.

Por un momento somos dos sombras.

No podemos desatender los ruidos que nos envuelven junto a las cosas en la noche. Esta noche, quizás la nuestra. A lo lejos, siento el eco de un ruido que aún no llega. Ese ruido, a pesar de no estar aquí, paseándose entre nuestras sombras, despierta la sensación inapelable de que deberíamos irnos.. Ruido que se discute entre un rugido sideral y el disparo de una pistola. Allá algo se desploma. Él no sale de sí. Se une al ritmo permanente que susurra y viaja por el cielo negro hasta mis oídos. Es parte de ese staccato de la muerte.

—¿Tú siempre que caminas en la noche miras con tanto desespero las cosas?

—No, le respondí. Y seguí apurando más el paso.

Temo decirle que me embarga un profundo temor. Y temo más aún, cuando el miedo no viene desde afuera, flotante, hacia mí. No voy a decir nada sobre ese incrustado que carga mi estómago, ni mucho menos que ese miedo sea la única muestra de verdad a la que mi cuerpo se aferra cuando me pregunta algo. Tengo miedo de decirle que esta noche no es igual a ninguna otra que he vivido. No puedo contestar. Sólo soy capaz de detectar esa leve sensación en la cual las palabras deciden no salir por ninguna parte. «Deseo de respuesta», me dicen al oído.

¿Será que las palabras también me mienten? ¿Será que el deseo que mantienen esas palabras guarda estrecha relación con la perdición en la que vamos sumergiéndonos, y así, en ese hundimiento, rescatar un mínimo de razón suficiente para convencernos de seguir caminando en esta noche, cuerpo con cuerpo? ¿Qué es eso que sucede entre Él y yo que las palabras se empecinan en no contarme?

El silencio que se impregna en la instancia anterior de las probables respuestas que puedo ofrecerle cuando me pregunta es propio, irremediablemente, de un cúmulo de preguntas a punto de estallar. Pareciera que puede todo sobre mí. Pareciera tener la capacidad de sondear todas las zonas imposibles de alcanzar: el silencio, el impacto de los ruidos, la noche entera. Creo ser arrastrada por esa fuerza, por ese convencimiento. Podría estirar la noche sin decirme, la agotaría al extremo de su duración plena. Probablemente, al final me pediría que no lo deje solo y que fumemos los dos en esta, la noche más larga de todas.

ILUSTRACIÓN POR FA CASOL

NI UN MILÍMETRO DE AIRE

POR BRUNO JARA AHUMADA

Hay, únicamente, un perfil, un fragmento de luna. Al despertar, sobre los labios del hijo, el dedo índice del padre. Pero no es solo el gesto. Su respiración agitada también reclama prudencia. Y la palabra, susurrada: vámonos.

El brazo del padre señala un punto del horizonte. La continuidad de lo negro, de pronto, es ilusoria. Luces blancas fragmentan el cielo. Y un sonido, tenue como las linternas, avanza por las quebradas: huellas que se forman en el suelo.

El padre desentierra las bolsas de plástico donde guardaba los billetes y dos fierros cargados. En seguida, el hijo amarra uno en su cinturón. En sus dedos queda la noche, la frescura del metal; persiste incluso cuando corren hacia abajo, cobijados por el sigilo, llevándose lo puesto y los billetes, nada más. Esta vez no esquivan las matas, las pisan, embisten contra sus brazos. Atraviesan los cultivos. Y aunque dejan atrás el campamento, no lo abandonan: en su piel cargan el polvo, la resina, el olor dulce y espeso.

Al poco andar, pregunta el hijo:

—¿Y el Pelusa?

—Ahí tendrá que quedarse—
le responde el padre.

Mantenían un gato al acecho, amarrado al pie de las matas, sin alimento, para que se comiera los ratones antes de que se comieran la cosecha. El padre inventó el método varias temporadas atrás. Bien efectivo, reducía la merma y, por eso, lo volvían a llamar todos los años. Vente conmigo al cerro, le había dicho al hijo, en un mes aprendes todo.

Las cosas no sucedieron así, ni dos semanas estuvieron arriba. Acaso las precau-

ciones no fueron suficientes: llegaron a pie, sin dejar rastro, dos días enroscándose en la montaña. Usaban otro teléfono, destaralado, que prendían una vez al día para cuestiones de trabajo. Y de noche no hacían fogatas. Se iluminaban así no más, con las estrellas.

Surcando los relieves opacos del camino, el padre aprieta la mano del hijo. Casi no hay espacio entre una mano y otra; ni un milímetro de aire, y pareciera que es esa fuerza, no la pendiente, lo que impulsa sus piernas.

No se detienen. No voltean la mirada. No hablan. El viento amplifica el sonido, inventa estruendos. Desde arriba, desde el campamento, perciben un maullido, y luego, ladridos secos, inconfundibles. Solo el silencio puede suceder a la certeza. Y tras la certeza, las pisadas del hijo cambian de ritmo. Entre la penumbra, el padre lo ve ondular, un intento por detenerse. Pero si habían sido arrastrados por la pendiente, ahora son cautivos de su inercia. Las extremidades pesan, son ajenas; no pueden no correr.

Es la fatiga y el descuido, no la vista, lo que los hace tropezar. Cuando el hijo se desploma hacia el costado, el padre cae y gira varios metros por delante. Se aferra inútilmente de los arbustos, los saca de raíz. Su pantorrilla se quiebra como se quebraría cualquier rama.

Antes de que el grito se transforme en aullido, el hijo logra avanzar y cubrir la boca del padre con sus manos. Pero un sonido ha invocado a otro, y ahora, ensanchándose, los disparos toman cuerpo, reclaman sombra.

La oscuridad todavía es confusa. Arriba, detrás de los murmullos, el hijo no distingue siluetas. Jadeando, sin poder hablar, el padre señala cerro abajo, como si se sacudiera moscas. El hijo observa su pierna, su textura, los huesos. Después se acerca, se amarra a su lado. Mientras sujetan los fierros, mientras esperan, el cielo empieza a volverse violeta. En unas horas, el amanecer fijará el color de las cosas, emergerán, ellos y el mundo, cada uno en su lugar, inamovibles.

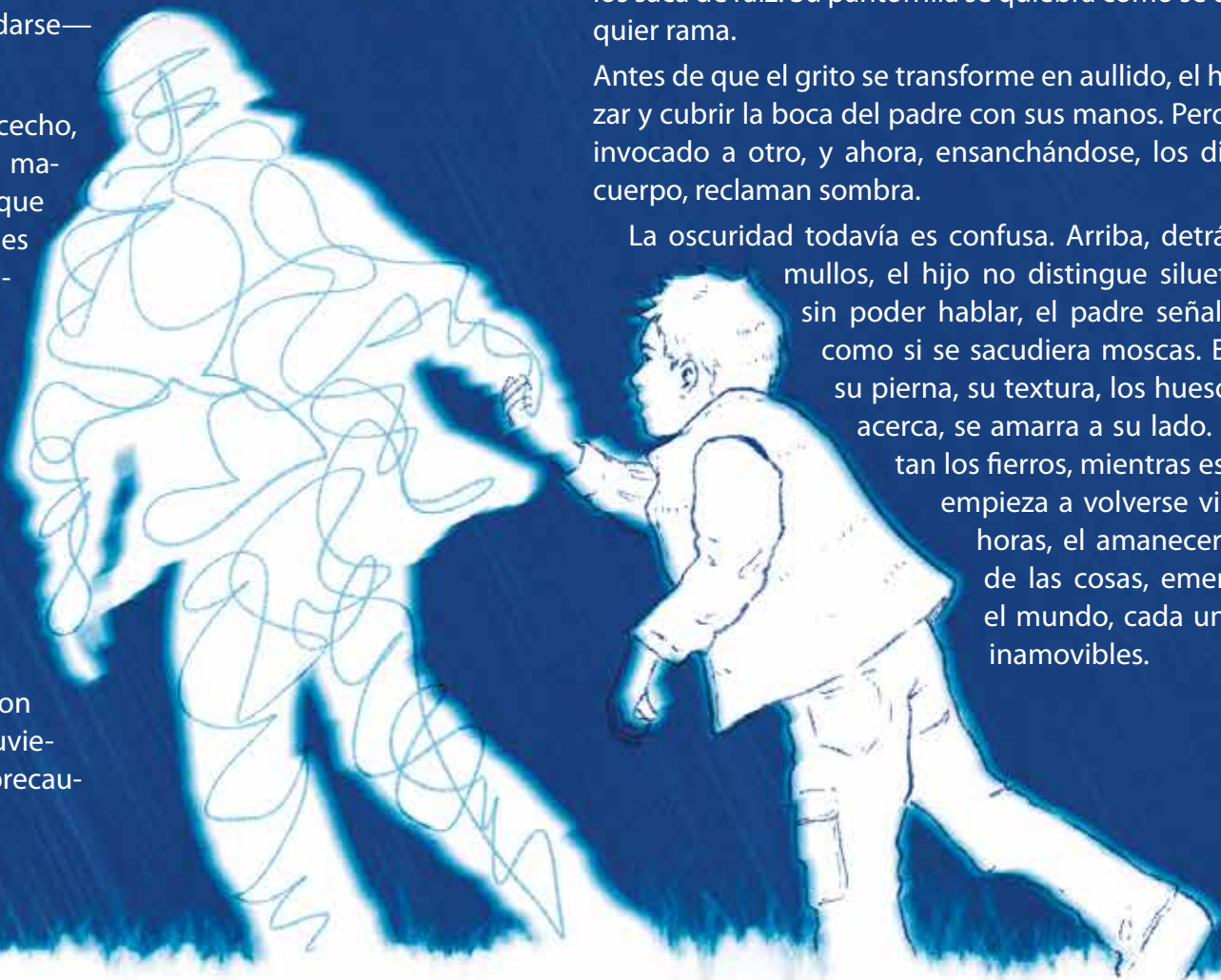


ILUSTRACIÓN POR VALENTINA BRESCIANI

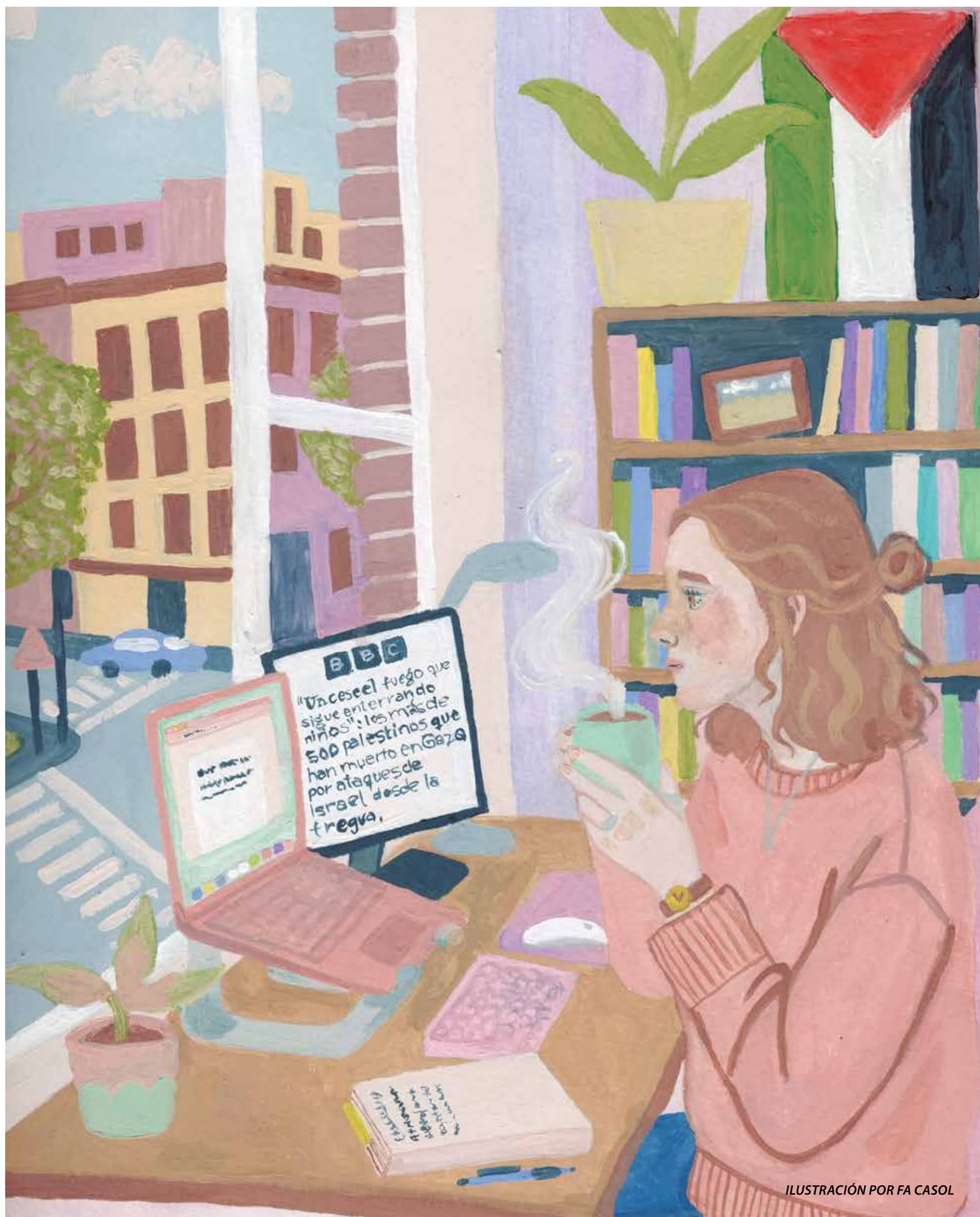


ILUSTRACIÓN POR FA CASOL

LA DEFINICIÓN INEXACTA DE LO QUE PERDEMOS Y AMAMOS

POR LEYLA SELMAN

Un día nos civilizamos para que el más grande no devore al más pequeño, porque todavía está abierta la cuestión de si el humano es bueno por naturaleza y la sociedad lo corrompe, o lo contrario. No lo sabemos y, por eso, ordenamos nuestra convivencia: en principio, para no devorarnos; luego, para encontrar un estado de bienestar para todos. En esta premisa está la conciencia de haber perdido la ternura humana casi desde el principio, dejarla pues para animales, plantas, niñas y niños, montes, ríos, bichos y cielo, todo lo que debería ser santo sin pertenecer a Dios.

Y sobre perder la ternura humana, recuerdo que mi abuela me contó un día que, siendo esclava de nacimiento, le costó mucho ser libre cuando soltaron sus cadenas. Sin embargo, con el tiempo, los años, y ya dueña de su libertad, le costaba entender que habiendo sido esclava sonreía y soñaba.

Un día, en nuestra ignorancia, las guerras tuvieron sentido, luego, les pusieron reglas para dejar tranquilo al ímpetu del sentido común colectivo. Pero hoy sabemos que nos enseñan a amar una patria para poder devorar a la otra y que mueren los pueblos, con sus niños adentro, por la ambición de un par de señores que toman té mientras la sangre sigue ahogando la historia. Al punto de que incluso un genocidio es permitido y los cráneos y huesitos crujen bajo la bota militar, a vista y paciencia de todos los que pasamos la vida “como a ojos cerrados”, comprando cosas y rezando para que no se nos cruce a nosotros el horror, y creando ficciones maravillosas y galácticas para que el sinsentido siga teniendo sentido en este mundo de crimen, desasosiego, soledad y teatro.



@revistalalengua

Revista La Lengua es un suplemento literario de El Ciudadano, financiado por el Fondo Nacional del Libro y Fomento Lector del Ministerio de Culturas, las Artes y el Patrimonio.

